

Identity Building

of Postmodern Adolescent Subject Amidst an “Adolescentized” Society

La construcción de la identidad

*en el sujeto adolescente postmoderno en una sociedad
“adolescentizada”*



ANA JUSTO HERRERO

pp. 115-139

Revista Paideia 119 (2024),

ISSN: 3020-5433

RESUMEN

Reflexionamos aquí sobre cómo los adolescentes construyen su identidad hoy. Revisaremos diferentes conceptos y cuestiones para concluir que el tipo de sociedad y cultura que se ha perfilado en la postmodernidad se adecúa a la perfección al adolescente, ese sujeto “en construcción” de su identidad. El adolescente encarna el ideal de juventud, dinamismo, salud y belleza de esta cultura tecnológica, hedonista, individualista y de la inmediatez; una cultura de consumo mediatizada por los medios de comunicación, la publicidad y la moda, y obsesionada con la imagen y el culto al cuerpo. Como consecuencia los adolescentes encuentran numerosos obstáculos para madurar, porque faltan modelos adultos que asuman con coherencia y contundencia tal condición, hecho que esta sociedad “adolescentizada” no favorece.

Palabras clave: adolescencia, identidad, postmodernidad, inmadurez, adolescentización, narcisismo.

ABSTRACT

This essay aims to reflect on how adolescents build their own identity today. To this end, we will review different concepts and address various issues in order to conclude that the kind of society and culture that has emerged in post-modernity is ideally suited to the adolescent, i.e, the subject “in the process of building” his/her identity. Adolescents embody the ideal of youth, dynamism, health and beauty in this technological, hedonistic, and individualistic culture of immediacy, namely, a consumer culture heavily influenced by mass media, advertising and fashion, and obsessed with the image and cult of the body. As a consequence, adolescents face numerous challenges to reach maturity due to the lack of adult role models who should play this part with the necessary forcefulness and coherence, a fact that this “adolescentized” society does not promote.

Keywords: adolescence, identity, postmodernity, immaturity, adolescentization, narcissism.

El propósito de este artículo es reflexionar sobre cómo los adolescentes construyen su identidad hoy en día. Para ello resulta imprescindible preguntarse de qué modo y en qué medida la construcción del sujeto en lo que denominaremos la postmodernidad influye en la configuración del sujeto adolescente actual.

Para definir a este sujeto adolescente podríamos establecer varias hipótesis:

La primera es que parece que *estamos asistiendo a un cambio de paradigma en la consideración de las edades de la vida adulta*. Uno de los síntomas más evidentes de este cambio es la prolongación del estilo de vida adolescente más allá de lo que dura la etapa de la adolescencia. Es cada vez más común observar a adultos instalados en este modo de vida o que manifiestan comportamientos, ideologías, gustos, estéticas, etc., que tienen más que ver con el mundo adolescente que con el adulto. Así, se constataría un notable cambio en cuanto a la consideración de la adolescencia en la actualidad.

Esta afirmación nos permite enunciar una segunda hipótesis: parece que *en las últimas décadas la adolescencia ha llegado a adquirir tal valor que de ser una mera etapa de tránsito ha pasado a ser considerada como un estadio ideal en el que permanecer indefinidamente*. Este hecho necesariamente ha de estar repercutiendo en la configuración de la identidad del sujeto adolescente. ¿En qué sentido? Por una parte, dificultando el paso a la adultez. Por otra, alimentando una inmadurez sin límites en el tiempo.

La tercera hipótesis es la siguiente: *la actual construcción del sujeto adolescente podría ser un reflejo de la propia construcción del sujeto postmoderno, puesto que la realidad adolescente forma parte del nuevo modo de vivir y de entender la vida que caracteriza los tiempos postmodernos en que nos hallamos*.

Cuando trabajamos pormenorizadamente con estas hipótesis, parece importante preguntarse por la situación de los *ritos de paso a la adultez* en la actualidad. ¿Qué ritos de paso, institucionalizados o no, ofrece la sociedad en que vivimos y cómo esta situación podría estar influyendo en el modo en que los adolescentes realizan el tránsito a la edad adulta?

Estructuraremos las ideas principales de este modo:

En primer lugar, empezaremos precisando qué es lo que se denomina “postmodernidad”. La cultura postmoderna no solo conlleva un nuevo tipo de socie-

dad, sino también una serie de actitudes, comportamientos e identidades en los individuos. Por ello es necesario definirla con el fin de contextualizar la nueva adolescencia de hoy. Esto nos permitirá partir de la construcción postmoderna del sujeto para llegar a la construcción del sujeto adolescente de nuestros días.

En segundo lugar, si queremos perfilar al sujeto adolescente y constatar cómo construye hoy su identidad, parece necesario aclarar qué entendemos por “identidad” y por “adolescencia”.

En tercer lugar, veremos que los cambios en la infancia y en la adolescencia están correlacionados con cambios en la consideración actual de la adultez.

En cuarto lugar, mostraremos que esta sociedad, en vez de ayudar al individuo a aprender a ser adulto, favorece que continúe en una inmadurez sin límites y sin finalidad.

Aunque definamos algunos conceptos en algunos epígrafes es posible que aparezcan menciones a los mismos en otros lugares, toda vez que los conceptos fundamentales de la investigación están estrechamente interrelacionados y no es posible, muchas veces, caracterizar uno de ellos sin hacer mención a los otros.

I. La cultura postmoderna

La cultura postmoderna corre paralela a la gran transformación cultural que se ha venido produciendo desde mediados del siglo pasado en nuestras sociedades democráticas, caracterizadas por la opulencia. De ahí que con el término “postmodernidad” se ponga de relieve un cambio de rumbo, una reorganización profunda del modo de funcionamiento social y cultural en Occidente, con incidencia –como veremos– en la imagen y autoimagen de los sujetos.

A grandes rasgos podemos decir que la postmodernidad es el resultado de una crisis de las grandes teorías explicativas de nuestro mundo y de una crisis también de los ordenes cerrados, de la norma, de la tradición y del principio de autoridad, que ha dado lugar a un sujeto de exacerbada individualidad, hedonista e inmerso en un presente absoluto.

Algunos rasgos y procesos que, a nuestro modo de ver, son determinantes en cuanto a definir la postmodernidad tendrían que ver: con el vivir “aquí y ahora” (Lipovetsky, 2006); con el proceso de personalización (Lipovetsky,

1986); con el proceso de la seducción (Recalcati, 2014) –que evidencia que la socialización ya no se realiza por imposición disciplinaria ni tampoco por sublimación. Otros rasgos característicos son el crédito en la tecnología y el dominio científico-técnico de la naturaleza (Collin, 1996), la incursión de lo psicológico en la vida cotidiana y la importancia del consumo de masas.

Todos estos fenómenos están íntimamente relacionados con otros como: el auge, difusión e influencia de los medios de comunicación de masas, la publicidad y la moda (Lipovetsky, 2006), la importancia dada a la imagen (Correa/Guzmán/Aguaded, 2000), la indiferencia (Lipovetsky, 1986), el hedonismo (Bauman, 2001), la inversión narcisista en el cuerpo (Lipovetsky, 1986), el imperativo de la juventud (*idem*) y la adolescentización de la sociedad.

Esta serie de rasgos y procesos nos permiten aludir a un nuevo tipo de sociedad en la que sus órdenes se encuentran definidos por la hibridación, la ambigüedad, la ambivalencia, el eclecticismo y la coexistencia de la paradoja. Una sociedad que podríamos denominar “trans” en el sentido de que está caracterizada por la transitoriedad y la indefinición.

Con esta panorámica general podemos esbozar a grandes trazos un perfil nuevo de individuo. Novedoso en sus relaciones con el espacio y el tiempo, con el mundo, con él mismo, con su cuerpo y con los demás.

Se trata de un sujeto que vive exclusivamente en el aquí y en el ahora, dinámico, hedonista, consumista, exhibicionista y *vouyerista*, tecnológico, ávido de novedad, de identidad y de diferencia, narcisista, individualista a la vez que necesitado de reconocimiento y participación social, vulnerable, podríamos decir incluso que de una sensibilidad epidérmica hacia el mundo, a la vez que indiferente y apático (paradoja que se explicaría por el exceso de información con que se nos bombardea, que provoca sobresaturación a la vez que impide toda emoción duradera).

Es un individuo preocupado por su cuerpo, por su salud y también por la belleza, la moda y la juventud. Liberado sexualmente –al menos en apariencia–, que pone la carga emocional en la esfera privada, a la vez que exhibe su intimidad a través de los nuevos medios de comunicación de masas. Un ser también más libre pero más frágil, solitario y falto de compromiso con el prójimo (Hirigoyen, 2013). Todo ello como consecuencia de la transitoriedad y la fluidez que caracterizan todos los vínculos sociales de hoy en día en esta “sociedad líquida”,

como Zygmunt Bauman la denomina (Bauman, 2005).

Se trata, además, de un individuo lleno de ansiedades e incertidumbres que necesita desarrollar estrategias narcisistas de supervivencia y que se repliega sobre un presente que no deja de reciclar en una especie de juventud infinita, pues el futuro se le presenta como amenazador e incierto.

Algunos autores, como Lipovetsky, proponen reactualizar el mito de Narciso para definir al individuo postmoderno. Este *neonarcisismo* remitiría a la emergencia de un sujeto vaciado de identidad por exceso de atención sobre sí mismo que obedece a lógicas múltiples, a veces yuxtapuestas, a veces paradójicas, pues todo es posible que conviva a la vez en la personalidad narcisista, sin que parezca que nada se asiente, dándole solo una aparente consistencia y coherencia a la personalidad (Lipovetsky, 1986).

II. Noción de identidad y de adolescencia

Definamos a continuación los conceptos de “identidad” y “adolescencia”:

El término “identidad” no resulta algo sencillo de describir. Para hacerlo de un modo exhaustivo habría que aludir a diferentes definiciones y concepciones que de dicho término se han hecho desde distintas disciplinas y pensadores. Hablar de identidad también implicaría hacer alusión a aspectos anatómicos, fisiológicos, psicológicos, generacionales, sociales y de género. Supondría asimismo analizar la relación entre el individuo y la sociedad en la configuración de la misma y tenerla además en cuenta como una construcción social (Rosset, 2007). Definir la identidad implicaría también profundizar en algunos procesos y conceptos relevantes, como son los procesos de igualación-diferenciación (Zambrano, 2011; Rosset, 2007), de identificación-desidentificación (Revilla, 1998) entre otros, y conceptos, aunque no serían los únicos, como los de la memoria (Augé, 1998; Cyrulnik, 2010), la invención creadora (Botempo/Flores/Ramírez, 2012), el cuerpo (Odgen/Minton/Pain, 2009), el lenguaje (Reicholf, 1994) o la autoestima (Montaigne, 1987).

Es totalmente imposible dar cuenta de una manera satisfactoria de toda la complejidad del concepto, por lo tanto escogeré una caracterización de la iden-

1 Cfr. De Beauvoir, 1981; Subirats, 1998; Kottak, 1997; Pintos, 2002; Bourdieu, 2000; Lipovetsky, 1999; Hirigoyen, 2006; Cobo, 1995; Marina, 1997.

tividad que sea útil para los propósitos de este artículo. Podríamos definirla de este modo: Tiene que ver con lo que somos, con lo que nos caracteriza, con lo que permanece y, sin embargo, es a la vez algo dinámico, un proceso complejo y multidimensional, algo que se configura consciente e inconscientemente, de un modo racional pero también irracionalmente –de modo pre-reflexivo–, en constante construcción e interacción, un juego de espejos de igualaciones y diferenciaciones y también de identificaciones y desidentificaciones. Su desarrollo exige un ejercicio de memoria, de autoestima, de autoafirmación y de confianza, un compromiso con uno mismo y con los demás, un deseo, un esfuerzo y un proyecto de futuro. La identidad es, además, saberse un sujeto único e inintercambiable respecto a los otros y para ello se requiere autenticidad, autonomía, coherencia interna y estabilidad en el tiempo. Es también un proceso delicado, muy personal pero imposible sin lo social, puesto que es en la interacción individuo-sociedad donde cobra forma. Hablamos de una sociedad que produce y es producida por los individuos que la componen y de una sociedad también como lugar de interacción lingüística por lo que el lenguaje intervendría en la configuración de la identidad. Igualmente el cuerpo tiene gran importancia en la conformación de la misma; cuerpo que es sustrato y soporte biológico de la persona y, asimismo, espacio de representación simbólica. El género asumido también constituye un elemento decisivo en lo que a la construcción de la identidad se refiere. La identidad abarcaría, por tanto, aspectos anatómicos, fisiológicos, psicológicos, generacionales, sociales y de género. Responder a la pregunta “¿Quién soy yo?” implicaría todos estos elementos.

Ya desde la infancia empezamos a cuestionarnos acerca de quienes somos. La primera noticia que tenemos de ser seres individuales es probablemente la constatación de la separación de la madre, las siguientes son todas las fronteras que la realidad nos va imponiendo al propio yo. Sin embargo es en la adolescencia cuando el desarrollo físico, cognitivo, social y emocional son mayúsculos, y la búsqueda de una personalidad propia se convierte en una tarea central. La inminencia de las responsabilidades del mundo adulto acerca de cómo vivir la propia vida y todas las difíciles decisiones que se deben tomar vienen frecuentemente acompañadas de perturbaciones emocionales e incluso de crisis, como la denominada *crisis de identidad de la adolescencia*. Detrás de los altibajos emocionales del adolescente se encuentra la preocupación por la identidad y por la intimidad (Papalia/Olds, 1992). Cuestiones acerca de las creencias y va-

lores a adoptar, sobre las relaciones sexuales o sobre el futuro mundo laboral entre otras, son asuntos de gran importancia a los que tiene que hacer frente e ir dando respuesta el adolescente. Necesita al grupo de iguales –“como compañeros en la lucha por la independencia” (*idem*)– y necesita que los padres lo guíen y apoyen emocionalmente, al tiempo que lo dejen separarse del núcleo familiar y ensayar su autonomía a medida que va conquistando nuevas parcelas de libertad dentro de un contexto social en el que haya lugar para desarrollarse como adulto.

El término “adolescencia”, a diferencia del de “pubertad”, está lleno de connotaciones socio-culturales, por lo que ha tenido significados relativamente diferentes en función del momento histórico al que nos referimos y del tipo de sociedad en la que enmarquemos dicho término (Mead, 1972).

La adolescencia está íntimamente relacionada con la creación de la institución educativa. Por tanto, la adolescencia surge en el momento en que las personas en la edad de la pubertad todavía no tienen que acceder inmediatamente al mundo del trabajo (por tanto, al mundo de las responsabilidades del adulto) y pueden continuar su formación en la escuela, posponiendo este momento.

Antes la adolescencia estaba considerada como una etapa de tránsito y así era vivida tanto por los propios sujetos adolescentes como por los adultos (que veían a los primeros como sujetos en formación). Lo relevante de nuestros tiempos es que la adolescencia se ha constituido como una etapa en la que permanecer indefinidamente, como un estadio ideal. En otras palabras, la adolescencia se ha instalado vigorosamente en nuestra sociedad. Los sujetos adolescentes constituyen un grupo social idealizado, como podemos observar en el hecho de que, cada vez, el mundo adolescente ocupa más espacios, como atestiguan las actuales inclinaciones estéticas y de entretenimiento imperantes en casi todas las categorías de edad (Fandiño, 2014).

La manera de entender la vida ha cambiado sustancialmente con respecto a otras épocas. Podemos ver esto en hechos como, por ejemplo, el de que aquello que tiene que ver con la madurez de antaño se va perdiendo o que el asumir incómodas responsabilidades ya no se considera algo necesario o la importancia dada al bienestar inmediato o que para sobrevivir socialmente haya que mantenerse deseable –tanto erótica como laboralmente.

Por otra parte, podemos pensar que, si la sociedad se ha “adolescentizado” y,

por tanto la juventud se ha convertido en un valor cultural de enormes proporciones, el sujeto adolescente es quien encarna este valor a la perfección.

En paralelo con este hecho, podemos observar este otro: el sistema capitalista-consumista en el que estamos inmersos ha visto en el sujeto adolescente –y también en aquel que viva como tal– un enorme filón como consumidor. Elevarlo a la categoría de mito cultural asegura que la maquinaria consumista-capitalista siga funcionando a pleno rendimiento.

Por todo lo comentado hasta aquí, podemos decir que la actual construcción de la identidad del sujeto adolescente se produce en un contexto que no facilita el proceso de su maduración.

III. Cambios en la consideración de la infancia, de la adolescencia y de la adultez

Esta nueva consideración de la adolescencia –y por extensión, de todas las etapas de la vida– se debe, como podemos ir viendo, a múltiples factores. La adolescencia no es hoy lo que era. La infancia tampoco. Este hecho va a determinar, en cierta medida, que la adolescencia no sea vista ni vivida como antes se hacía. La importancia de este cambio radica en que, aunque la adolescencia sea un periodo especialmente importante en la configuración de la identidad, esta identidad empieza ya a construirse durante la niñez.

Algunos aspectos que muestran estos cambios tienen que ver, por ejemplo, con el excesivo protagonismo que tanto la infancia como la adolescencia han cobrado dentro y fuera del ámbito familiar. Podemos observarlo, en particular, en lo que respecta a la intimidad y a la gestión de los espacios, tanto en el mundo privado como en el público. Es cierto que el nuevo infante y el adolescente han ganado intimidad en algunos espacios, pero también lo es que la están perdiendo en otros. Por ejemplo, el exhibicionismo mediático al que se exponen, favorecido por las nuevas tecnologías, les dificulta adquirir adecuadamente el sentido de límite entre lo externo y lo interno. Las fronteras entre lo íntimo, lo privado y lo público se han difuminado y dichas fronteras son necesarias tanto para una adecuada socialización como para la formación de la identidad.

Profundicemos un poco más en cómo el mundo digital está influyendo en este fenómeno.

1. La tecnología

El uso de las nuevas tecnologías, a las que se puede acceder a edades cada vez más tempranas, se ha incrementado en los últimos años. Hoy en día nuestros infantes y adolescentes pueden acercarse a cualquier tipo de información, estén o no preparados para comprenderla y asimilarla. No es inusual que el menor disponga de un televisor o de un ordenador con acceso a internet en ese espacio privado que es su habitación y que tenga un teléfono móvil, que se ha convertido casi en una necesidad para formar parte del mundo. Este artilingio ha llegado, sobre todo entre los sujetos adolescentes, a alcanzar la categoría de *tecnología afectiva* (Lasén, 2009). Afectiva en el sentido de que es un aparato que mediatiza la expresión, la experiencia y la comunicación de sentimientos y emociones, y estas últimas tienen una importancia enorme en esta etapa de la vida.

Estos medios de información y comunicación, sin el menor respeto por los trámites pedagógicos necesarios, enfrentan a nuestros menores a la crudeza, complejidad y –antaño– misterios del mundo adulto. Dada su inexperiencia de vida y su falta de espíritu crítico (sobre todo en la etapa de la infancia), quedan expuestos a todo ello sin protección alguna (Montesinos, 2007), al tiempo que pierden el deseo de crecer, pues hacerlo ya no parece necesario para poder acceder al saber de los adultos. En el caso de los sujetos adolescentes la situación se complica, si cabe, todavía más por la mayor libertad de la que suelen disponer para hacer uso de estos medios.

Todas estas nuevas tecnologías están afectando a la construcción de la identidad en la adolescencia. Veamos algunos ejemplos. Con respecto al mundo de la imagen podemos mencionar el exhibicionismo digital que los jóvenes manifiestan al fotografiar o grabar todo tipo de acontecimientos personales para después colgarlos en las redes sociales. Este exhibicionismo es algo que está plenamente normalizado. Fotografías, selfies, vídeos, etc., todo eso acaba circulando por la Red en un intercambio de momentos de sus vidas que no dejan de ser más que una proyección, una construcción narcisista en la que estos jóvenes, sin darse cuenta, se convierten en mercancía de una sociedad expuesta en la que cada sujeto es su propio objeto de publicidad. Una sociedad que fomenta la construcción de una vida hecha que poco tiene que ver con la realidad.

Este ejemplo nos permite también aludir a la cuestión del narcisismo, rasgo al que el progreso tecnológico se encuentra muy ligado. El narcisismo, favorecido por la importancia que la imagen tiene en nuestra sociedad exhibicionista (Han, 2013), implicaría una construcción de la identidad realizada con idealizaciones de uno mismo –o de una misma–, por lo que tan solo proporcionaría una aparente consistencia y coherencia a la personalidad, con las consiguientes dificultades en lo que respecta a poder configurar una identidad adulta, más acorde con la realidad y con todo lo que ello implica.

No es que necesariamente el uso de estas tecnologías dificulte la maduración. Los adolescentes necesitan relacionarse con el grupo de iguales y las redes sociales son una manera de hacerlo. Pero es necesario tener en cuenta los riesgos y repercusiones –aún por determinar– que el *cibermundo* comporta y fomenta. Por ejemplo, la merma en la calidad de la experiencia vital, o el establecimiento de un tipo de relaciones con el otro que es más una relación con uno mismo en la que el otro individuo actúa especularmente, o el repliegue sobre uno mismo, lo que puede suponer al adolescente una dificultad añadida a la tarea –principal en esta etapa– de construir una identidad con la capacidad para administrar la realidad y adaptarse a ella.

Otro ejemplo: Internet supone para nuestros menores un medio y un espacio de información, comunicación y ocio de enormes posibilidades. Pero de igual modo que supone indudables ventajas también conlleva riesgos: riesgos para su socialización, para la asunción de un buen principio de realidad y, en definitiva, para la configuración de su identidad. Las redes sociales y los videojuegos permiten a los adolescentes inventar nuevas identidades (Portillo/Hartza, 1995), dándoles la posibilidad de jugar, de experimentar con las mismas. La parte positiva es que estos juegos “camaleónicos” les posibilitan ejercitarse en la búsqueda de su propia identidad; pero a la vez también pueden dificultar el proceso de la construcción de la misma, sobre todo en personas con dificultades para socializar o con una ideología del yo indeseada o en situación de vacío identitario, pues corren el peligro de aislarse, de preferir vivir en un mundo que no es el real o de acabar asumiendo como real lo que tan solo es identidad virtual –una identidad constituida a la medida de sus fantasías y deseos.

Alimentar la ficción de ser aquello que no llegaremos a ser nunca implica un riesgo y este es el de eludir la frustración que todo proceso de maduración

conlleva: el hecho de aceptar que hay límites, que no todo es posible, al menos en el mundo real, ese del que no podemos desconectarnos a no ser a riesgo de alienarnos del entorno y, lo que es aún más peligroso, a riesgo de alienarnos de nosotros mismos, que somos nuestra realidad más inmediata y constante.

2. *La pérdida de autoridad paterna*

Este desvanecimiento de los límites podemos observarlo en más ámbitos que los comentados. Por ejemplo, en lo que concierne a la autoridad paterna. Se ha ido produciendo una pérdida progresiva de la autoridad, con la consiguiente banalización de las figuras parentales y un cierto abandono de su función educativa. Esto trae como consecuencia que tales figuras quedan infantilizadas, pues el adulto solo funciona como tal para el niño y para el adolescente si asume su función de autoridad. Una autoridad que debe ser amorosa, que debe ayudar a crecer, pero autoridad al fin y al cabo. Esta situación nos permite hacer referencia, en el caso de la infancia, a un perfil que ha sido denominado como el hijo-Narciso, el cual describiría bien a ese niño -o a esa niña- que reclama e impone a su familia sus caprichos. Y en el caso del adolescente, este concepto nos resulta útil para reflexionar sobre qué implicaciones puede estar teniendo en la resolución de la crisis de la identidad propia de la adolescencia.

Pensar en la *crisis de identidad* en la adolescencia conlleva pensar en el conflicto adolescente como parte de nuestra cultura. Las características principales de este conflicto son tres: (1) la búsqueda de la identidad, (2) el conflicto con la autoridad, y (3) la búsqueda y el tanteo de límites. Es precisamente la respuesta de la autoridad a dicho conflicto la que posibilitará o no la resolución del mismo. Porque el conflicto lo es con la figura del adulto, que es quien encarna la ley. El choque se debe a que las reglas del juego de la infancia cambian al llegar a la adolescencia y el adolescente se pregunta por qué, se rebela contra este hecho y tantea dónde están los límites de esta nueva situación. El cerebro adolescente está preparado para la adultez, para un mundo que augura libertad, pero que también da miedo. Los adultos que suponen una referencia conllevan una “carga afectiva” para el adolescente. Esto a menudo desencadena un conflicto, porque a los adultos se les ama y a la vez se les odia, pues introducen al sujeto adolescente en un mundo que probablemente desea pero que también teme.

En este contexto cobra significado otro de los mitos explicativos de la ado-

lescencia en la postmodernidad, el *mito de Telémaco*. Recordemos que Telémaco es ese personaje homérico, el hijo de Odiseo, que espera el regreso del padre para que vuelva a imponer el orden y la ley en la polis (Homero, 1973: canto XVI). Este mito haría, por tanto, referencia a la situación actual de la adolescencia en lo que respecta a la caída de la autoridad paterna como fenómeno esencial en nuestra cultura (Lieberman, 1984). El padre (es decir, la figura paterna, o en su lugar, aquel que encarna dicha función) ha pasado de ser esa figura autoritaria que lo caracterizaba en épocas pasadas a ocupar un rol amistoso y cómplice, debilitándose su función y dejando vacío el lugar de quien antes encarnaba el principio de autoridad (Fandiño, 2015). Esta situación ha propiciado una confusión de roles en la familia así como la aparición de nuevos comportamientos en el sujeto adolescente y de nuevas formas de conducirse por la vida (algo que podemos ver en actitudes como la indolencia, la indiferencia, la abulia, la depresión, la búsqueda incolmable de satisfacción, el narcisismo exacerbado, la inseguridad caprichosa, etc. –todos ellos rasgos muy propios de la postmodernidad–). Esta situación también ha puesto de manifiesto el nacimiento de un nuevo malestar en la cultura (Recalcati, 2014).

3. *El mercado*

Otra cuestión que muestra el cambio producido en la consideración de la infancia y de la adolescencia es que se ha pasado a ver en infantes y adolescentes un filón de potenciales compradores, al servicio de un sistema que gira en torno al mercado en el que lo que importa es vender. Esto ha dado lugar a la aparición de una serie de productos de consumo destinados a estas edades que antes no existían.

Podemos observar además que el fenómeno del consumo en la adolescencia supone la continuidad de un modo de vida que ya comienza en la niñez, y a su vez, el comienzo del consumismo en la etapa de la infancia surge como una imitación del consumismo propio de la adolescencia. Esto queda bien reflejado en lo que se ha denominado el fenómeno de los *tweens* (Sánchez Mellado, 2011): niños y niñas que tienen prisa por crecer, que disponen de dinero y libertad para gastarlo y que se han convertido en unos consumidores voraces, tomando como modelos a los adolescentes.

Se hace patente así la aparición de un nuevo aspecto, tanto desde el mundo

adulto como desde el mundo infantil: el deseo de dejar atrás la infancia cuanto antes. Esta cuestión, de índole cultural, parece encontrar ya su correlato biológico en la denominada *pubertad precoz* (Pombo, 2009). Y ante esta situación los expertos empiezan a alertar de que las alteraciones hormonales propias de la pubertad cada vez ocurren antes: parece que a los ocho o nueve años. En las niñas, por ejemplo, la edad media de inicio de la menarquia se ha ido adelantando en los últimos quince años, y si bien no se saben exactamente las causas, pues son muchos los factores que pueden influir, todo apunta a que, aunque los genes son los mismos, se están dando determinadas circunstancias ambientales que hacen que estos genes se comporten de distinta manera.

La publicidad también se ha hecho eco de esta cuestión. Podemos ver anuncios que, aunque destinados a quienes por su edad todavía están en la etapa de la infancia, introducen actitudes y comportamientos propios de la adolescencia, como entablar relaciones amorosas o una preocupación exagerada por la imagen. Y esto promueve nuevas conductas en los infantes.

4. El adulto “adolescentizado”

Hasta aquí hemos podido ver cómo ha ido cambiando la consideración de la infancia y de la adolescencia en la actualidad. Veamos ahora qué está pasando con la adultez.

En las dos o tres últimas décadas hemos podido ver cómo se ha ido perfilando lo que podríamos denominar el “adulto adolescentizado” (Verdú, 2001). Es un individuo que cronológicamente se halla situado en la edad que corresponde a la etapa adulta pero que, sin embargo, se esfuerza en vivir como un adolescente, ya sea en lo que concierne a las relaciones personales, al tiempo libre, al trabajo, a la propia imagen, a los gustos en moda y en el consumo en general (Sánchez Mellado, 2011).

Este “adulto adolescentizado”, o “preadulto” o “kidult”, con una edad comprendida entre los dieciocho y los cuarenta años, pertenece a la denominada “nueva edad adulta”, etapa en la que lo que se retrasa es precisamente el ingreso en lo que antes era la vida adulta. Algunas de las circunstancias que han favorecido la aparición de esta nueva edad adulta tienen que ver con las condiciones sociales y económicas propias de la postmodernidad.

Lo que se pone de manifiesto es el hecho de que estamos dirigiéndonos

hacia una juvenilización de la sociedad. En nuestra cultura no se consideran atributos ni la madurez ni la ancianidad, mientras que la juventud –con su fuerza, belleza, agilidad y espontaneidad– se ha convertido en un valor por sí mismo. Es así como las industrias del ocio, de la moda, de la música, de la cosmética, de la estética, de la alimentación o del deporte se enriquecen, a costa de ese anhelo de mantenerse joven imperecederamente, o incluso de recuperar una juventud que ha quedado atrás. Podemos ver esto, a modo de ejemplo, en los anuncios publicitarios, los cuales son además una poderosa arma de seducción. Los protagonistas de estos anuncios son muchas veces jóvenes o adultos rejuvenecidos. Y los sujetos adolescentes que, en cuanto educados en el consumismo son mucho más vulnerables e influenciables, se han convertido en uno de los objetivos principales de la publicidad.

Otra cuestión, de no poca importancia, tiene que ver con lo que hemos comentado anteriormente al hablar de la actual situación de las relaciones entre padres e hijos. Decíamos que se ha ido produciendo una progresiva pérdida de la autoridad paterna, con la consiguiente banalización de las figuras parentales y un cierto abandono de su función educativa. Apuntábamos que la consecuencia de este hecho es que tales figuras quedan infantilizadas, pues el adulto solo funciona como tal para el niño y para el adolescente si asume su función de autoridad. Resulta pertinente añadir, llegados a este punto, que esta adolescentización del adulto de la que estamos hablando tiene como contrapartida no solo este tipo de relación entre padres e hijos, más propia de una relación entre iguales, sino también que el niño y el adolescente puedan ser vividos como una molestia, pues las responsabilidades y el tiempo que implica su educación exigen también un posicionamiento adulto por parte de los progenitores, que no quieren ponerse en ese lugar.

Vemos, pues, como la actual mirada del adulto sobre la adolescencia está afectando a otras edades de la vida e influyendo no solo en la visión que tanto los niños como los individuos adultos tienen de sí, sino, sobre todo, en la de los propios adolescentes.

IV. La sociedad “adolescentizada”

Hablemos ahora de la inmadurez sin límite y sin finalidad que se va imponiendo en nuestra sociedad postmoderna. Un aspecto muy relacionado con

esta puesta en valor de la eterna juventud de proporciones culturales que la figura del adolescente encarna a la perfección es el paso a la vida adulta. ¿Cómo dar este paso? ¿Cuándo hacerlo? ¿A quién tomar como modelo? Incluso ¿Por qué hacerlo? Estas preguntas nos llevan a abordar la cuestión de los *ritos de tránsito* a la adultez en la actualidad. Cuestión que se ve agravada por la precaria situación en la que actualmente se encuentra el acceso al mundo laboral.

Parece que no existen ritos de paso institucionalizados como tales en nuestras sociedades. Los que sí pueden observarse son lo que podríamos denominar pseudo-ritos de tránsito. Es decir, se trata de una especie de atomización de rasgos que sí tienen que ver con dejar atrás la infancia, aunque no con la integración en el mundo adulto con todo lo que ello conlleva. Por ejemplo, transformaciones estéticas como cortarse o teñirse el pelo a la moda, hacerse tatuajes, *piercings* –muchas veces en los genitales y en el pecho–, maquillarse y vestirse con prendas de adulto, o el uso de todos estos elementos con fines identitarios, constituirían rasgos específicos del rito, pero despojados de su función ritual. Estas conductas, y otras –como el consumo de drogas, comportamientos que pongan a prueba la valentía o la experimentación sexual, por enumerar algunas– constituirían modos de dejar atrás la infancia aunque no de pasar a la vida adulta.

Otro ámbito en el que podemos observar esta nueva mirada del adulto sobre el adolescente es el de la escuela (Savater, 2015). Esta institución constituye un entorno sumamente importante en la etapa de la adolescencia, no solo como lugar para la formación y el desarrollo cognitivo, sino también de la personalidad. De ahí su importancia como espacio de socialización y también como lugar donde el sujeto adolescente construye su identidad (Reyes Juárez, 2009).

En este contexto es especialmente notorio el fenómeno de la caída de la autoridad, al que ya he hecho alusión, y no solo por parte del alumnado, sino desde otros ámbitos como son el familiar o el social.

También podemos observar como han aparecido o se han recrudecido conductas entre el alumnado que tendrían que ver con la dificultad para asumir responsabilidades y las consecuencias de sus actos (como, por ejemplo,

2 Cfr. Papalia/Olds, 1992; Leif/Juif, 1975; Eliade, 2001; Changnon, 2006; Zulaika, 1989; Van Genep, 2008; Kottak, 1997.

el consumo de drogas a edades cada vez más tempranas). Se detectan además comportamientos violentos como el acoso escolar, la violencia de género entre adolescentes y la falta de respeto en mayor o menor grado hacia el profesorado (conductas que, si bien ya existían antes, parece que actualmente se han generalizado y potenciado con el uso de las redes sociales, alcanzando niveles de alarma social en muchos casos) (Sánchez Juárez, 2014).

Otros aspectos que desde lo social están influyendo en cómo los adolescentes se comportan y se perciben –por tanto, en cómo van construyendo su identidad– tienen que ver con el lenguaje (Revilla, 1998) y con el cuerpo e íntimamente ligado a este último aspecto habría que mencionar el problema de la autoestima (Russell, 2009; Cyrulnik, 2010).

Una característica de la adolescencia es la aparición de la narrativa de la propia vida, tal vez por primera vez. La narrativa, con su dimensión temporal, le da al adolescente una visión de sí, de su verdad, desde su subjetividad (Fandiño, 2015). La memoria y el lenguaje junto con dicha capacidad narrativa de la propia vida proporcionan al sujeto adolescente una historia de vida, la suya, que supondrá, por tanto, un anclaje identitario, al contestar en cierto modo a la pregunta ¿de dónde vengo?

Asimismo, esta historia de su vida supondrá también el punto de partida desde el que proyectarse hacia el futuro mediante la reflexión de ¿hacia dónde voy?, de modo que el *yo* del adolescente, caracterizado por estar dividido entre pasado y futuro, pueda tener dos puntos de referencia que le permitan ir dando forma a la cuestión ¿quién soy?, esto es, preguntarse sobre su identidad a medida que la va construyendo.

Es interesante ver cómo en la adolescencia tanto el lenguaje corporal como la palabra cobran una especial importancia. Aparecen nuevos códigos, nuevas maneras de presentarse ante el otro y un estilo peculiar de hablar, que muy probablemente tengan que ver con el intento de definir la singularidad de los individuos que forman parte de un determinado grupo que, a su vez, está integrado en una determinada generación.

Debemos destacar también que el uso de las nuevas tecnologías suponen, no solo nuevos lenguajes, sino nuevas formas de comunicar información, y esto, al parecer, está cambiando la morfología cerebral de quienes las usan (Carr, 2011). Ello significa que inevitablemente acabará afectando a la manera

de percibir y comprender la realidad. Esto supone una auténtica revolución de la que es difícil imaginar las consecuencias, pero indica, en todo caso, que el proceso de construcción de la identidad va a verse comprometido con este hecho.

Otro asunto de suma importancia en la configuración de la identidad –sobre todo en la adolescencia– es el cuerpo (Martínez Barreiro, 2004). Resulta clarificadora la siguiente afirmación hecha por una adolescente: “En Europa, todas las chicas llevamos un 36 que nos lastima (de alguna manera)” (Negro, 2014). En este comentario podemos intuir cómo los modelos culturales a través de la moda inoculan y condicionan una determinada imagen corporal, un canon de belleza a imitar. La exigencia es brutal. El cuerpo debe ser joven, bello, delgado, dinámico, saludable, deseable..., por lo que la inversión narcisista en el mismo también es colosal.

En el mundo de la imagen el cuerpo constituye una seña de identidad. Los modelos de referencia que la sociedad ofrece son, fundamentalmente, aquellos que aparecen en los medios de comunicación de masas. Actores, actrices, músicos, deportistas (sobre todo futbolistas), modelos, etc., se han convertido en celebridades y en los últimos años se les han sumado los *youtubers*, los *influencer* y las denominadas *it girls*, personajes de moda y a la moda que marcan las tendencias del momento y que las marcan claramente también para nuestros sujetos adolescentes.

La belleza perfecta es un espejismo inalcanzable, tanto por su artificiosidad como por el hecho de que se trata de un ideal impuesto desde fuera. Así, todos aquellos que basen su autoestima en el cuerpo y no cumplan con tales expectativas sentirán culpa, frustración y odio. Y la etapa de la adolescencia es especialmente vulnerable a esta situación.

Enfermedades en las que el cuerpo es objeto de control y sometimiento, como la anorexia y la bulimia, que cada vez afectan a más personas de ambos sexos y de menos edad –si bien son trastornos más complejos– tienen que ver con esta distorsión cultural que propone modelos tan inalcanzables como antinaturales.

Los profundos y numerosos cambios corporales que se dan a lo largo de la etapa de la adolescencia suelen provocar inseguridad, preocupación, inestabilidad emocional y muchas veces son fuente de gran insatisfacción personal y de

enormes fallas en la autoestima.

Esto puede desencadenar en el adolescente comportamientos poco adecuados, entre ellos demandas de objetos y consumo, en un intento de controlar la situación y las emociones que aparecen. Esta vulnerabilidad emocional y esta inseguridad es compartida por el grupo de iguales, por lo que funciona como un elemento de cohesión grupal y favorece el uso de la moda como seña tanto de identidad personal como grupal. Y el sistema de mercado aprovecha muy bien esta coyuntura. Es así como el fenómeno de las marcas llega a constituirse como un elemento de pertenencia o de exclusión al grupo.

Por tanto, a través de la moda se provocan experiencias alienantes que privan de lo dinamizador que debe haber en una vida “viva”, donde lo importante no sea lo que se aparenta, sino lo que se comparte y lo que se experimenta.

El género es otro de los importantes aspectos implicados en la construcción de la identidad que se ven afectados por este hecho (Salinas, 1994). Los estereotipos de género se aprenden a través de la familia, de la propia experiencia, de la escuela, de la relación con personas adultas; también por el dejarse llevar por lo más frecuente y, por tanto, considerado como “lo normal”. Y aquí no podemos olvidar la influencia que sobre dicho aprendizaje tienen las nuevas tecnologías, los medios de comunicación y la publicidad.

Es cierto que los rasgos de las identidades de género se están transformando y los elementos masculinos y femeninos se entremezclan cada vez más. Podemos observarlo, por ejemplo, en la publicidad. La oferta de productos de carácter *unisex* es cada vez más amplia. O también podemos verlo en los y las modelos de características andróginas que se eligen para presentar las propuestas de moda. Pero es igualmente cierto que con estos cambios conviven modelos estereotipados en cuanto a roles de género se refiere, como podemos ver también, paradójicamente, en el mundo de la moda, con estereotipos vinculados a la imagen de chica como objeto de deseo, y de chico, con una masculinidad vinculada a la fuerza física y al dominio del sexo opuesto (Alegret/Comellas/Font, 2005).

Podemos decir, entonces, que en coexistencia con los tradicionales estereotipos de género se está dando una crisis de los estereotipos de la feminidad y la masculinidad. Probablemente, esta crisis esté fomentando, por una parte, el anclaje en los modelos más tradicionales y, por otra, esté favoreciendo identi-

dades “trans” en cuanto al género, caracterizadas por la indefinición.

La escalada de la violencia de género en la adolescencia y los prejuicios sobre la homosexualidad que siguen observándose en estas edades, por poner dos ejemplos, evidencian que educar para la igualdad y el respeto de la diferencia sigue siendo muy necesario.

Conclusiones

De todo lo expuesto hasta aquí se desprende, por una parte, que parece que el tipo de sociedad y cultura que se ha perfilado en la postmodernidad se adecúa a la perfección al adolescente, ese sujeto “en construcción” de su identidad. El adolescente encarna a la perfección el ideal de juventud, dinamismo, salud y belleza de esta cultura tecnológica, hedonista, individualista y de la inmediatez; una cultura de consumo mediatizada por los medios de comunicación, la publicidad y la moda, y obsesionada con la imagen y el culto al cuerpo. Como consecuencia los adolescentes encuentran numerosos obstáculos para madurar, porque faltan modelos adultos que asuman con coherencia y contundencia tal condición, hecho que esta sociedad “adolescentizada” no favorece.

Al mismo tiempo, resulta inquietante ver como los modelos que los sujetos jóvenes tienen son otros sujetos jóvenes, por lo que constituyen su identidad en gran medida a través de su propia imagen y narcisismo. El resultado es el de un juego de espejos infinito en donde todo resulta ser idéntico a sí mismo, no permitiendo que algo del orden de lo nuevo, de lo creativo, favorezca el aprender a ser adulto y sí, en cambio, el continuar en una inmadurez sin fin ni finalidad.

De todas las ideas que han sido expuestas sobre la postmodernidad y la adolescencia obtenemos también las siguientes conclusiones:

En primer lugar, el sujeto adolescente actual es el resultado adaptativo del medio característico en el que vive, desde las posibilidades que su proceso madurativo le permiten. Este medio tan complejo como confuso y abundante en paradojas necesita de modelos adultos que faciliten la maduración a las y los adolescentes, porque el mundo está cambiando a gran velocidad y requiere personas que puedan estar a la altura de los enormes retos que inevitablemente se presentarán. Pero es muy importante que los adultos enseñen a los sujetos adolescentes a ser adultos sin que esto signifique perder las cualidades positi-

vas propias de la adolescencia: la creatividad, la curiosidad, las ganas de vivir y de participar en el mundo y del mundo. Porque si la sociedad se ha “adolescentizado” es también porque el adulto no quiere renunciar a esa parte más vitalista que la adolescencia posee (Siegel, 2014). De este modo, integrando en una existencia adulta las cualidades más enriquecedoras de la adolescencia, algo creativo y positivo podrá surgir de la actual situación de la “adolescentización” de la sociedad.

En segundo lugar, la adolescencia es una etapa llena de vida y posibilidades, marcada, al menos en nuestra cultura, por el conflicto. Y es responsabilidad de los adultos el enseñarles a hacer de ese conflicto un aprendizaje útil de vida, así como el guiar todo ese enorme potencial que poseen con el fin de que puedan construir un mundo mejor. Por ello debemos reflexionar sobre el tipo de cultura que les estamos ofreciendo. Es nuestra responsabilidad como adultos –como sus adultos que somos–, pues la mejor herencia que podemos dejar a las futuras generaciones es la de ser un ejemplo a seguir.

En tercer lugar, es posible que uno de los grandes retos de la educación consista en enseñar a los sujetos adolescentes a administrar sus conocimientos y también sus emociones del modo más inteligente y cívico, así como enseñarles a “aprender” y a pensar por sí mismos, orientados por un ejemplo de excelencia, para que puedan adaptarse –que no someterse– a un sistema social que es el que es. De este modo podrán adquirir la capacidad de dirigir sus vidas y encontrar su lugar en una sociedad que necesita de ellos para cambiar, para evolucionar hacia un mundo mejor.

En cuarto y último lugar, todas las circunstancias puestas de relieve a lo largo de esta exposición acerca de la adolescencia en la actualidad evidencian además un nuevo malestar en la cultura. Malestar que podemos percibir en nuestros adolescentes, los cuales, como Telémaco, esperan, aunque quizás no sean demasiado conscientes de ello, que algo del orden de lo adulto constituya un testimonio y una promesa de futuro (Recalcati, 2014).

Referencias bibliográficas

- ALEGRET, J./COMELLAS, M. J. /FONT, P. /FUNES, J. (2005). *Adolescentes, Relaciones con los padres, drogas, sexualidad y culto al cuerpo*. Barcelona: Graó.
- AUGÉ, M. (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona: Gedisa.
- BAUMAN, Z. (2001). *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid: Akal.
- BAUMAN, Z. (2005). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: F.C.E.
- BEAUVOIR, S. DE. (1981). *El segundo sexo*. Madrid: Aguilar.
- BOTEMPO E SILVA, L./FLORES MACÍAS, R. /RAMÍREZ RAMÍREZ, L. N. (2012). “La construcción de la identidad personal y el desarrollo de la auto-autoría”. *El Ágora USB*, 12 (2), 421-436.
- BOURDIEU, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- BRANDEN, N. (1990). *El respeto hacia uno mismo*. Madrid: Paidós,
- CARR, N. (2011). *¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes? Superficiales*. Madrid: Taurus.
- CHANGNON, N. A. (2006). *Yanomamö. La última gran tribu*. Barcelona: Alba.
- COBO BEDIA, R. (1995). “Género”, en AA.VV., *10 palabras claves sobre mujer*. Estella: Verbo Divino.
- COLLIN, F. (1996). “Do moderno ao posmoderno”. En Aula Castelao de Filosofía (ed.), *Filosofía e xénero*. Vigo: Edicións Xerais de Galicia.
- CORREA, R. I./ GUZMÁN, M. D./AGUADED, J. I. (2000). *La mujer invisible. Una lectura disidente de los mensajes publicitarios*. Huelva: Grupo Comunicar Ediciones.
- CYRULNIK, B. (2010). *Los patitos feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida*. Barcelona: Gedisa.
- ELIADE, M. (2001). *Nacimiento y renacimiento. El significado de la iniciación en*

la cultura humana. Barcelona: Kairós.

FANDIÑO PASCUAL, R. (2014). “Jóvenes frente a la crisis: el padre que no está y la adolescencia interminable”. *Conferencias Blancas-La Revista*, 4, 12-16.

FANDIÑO PASCUAL, R. (2015). “Relación terapéutica con adolescentes: cartografía e navegación”, conferencia. En *II Xornadas de Saúde Emocional na Infancia e a Adolescencia. Adolescentes en conflito: un reto para os/as profesionais*, ASEIA (Asociación para a Saúde Emocional na Infancia e Adolescencia). Ourense.

HAN, B.-Ch. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder.

HIRIGOYEN, M.-F. (2013²). *Las nuevas soledades. El reto de las relaciones personales en el mundo de hoy*. Barcelona: Paidós.

HOMERO. (1973). *Odisea*. Barcelona: Cátedra.

KOTTAK, C. P. (1997). *Antropología cultural. Espejo para la humanidad*. Madrid: McGraw Hill.

LASÉN DÍAZ, A. (2009). “Tecnologías afectivas: de como los teléfonos móviles participan en la constitución de subjetividades e identidades”. En G. Gatti Casal de Rey/I. Martínez de Albéniz/B. Tejerina. *Tecnología, cultura experta e identidad en la sociedad del conocimiento*. Leioa: Servicio Editorial Universidad del País Vasco.

LIBERMAN, Arnoldo. (1984). *La nostalgia del padre. Un ensayo sobre el derrumbe de la certeza paterna*. Madrid: Temas de Hoy.

LIPOVETSKY, Gilles. (1986). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.

LIPOVETSKY, Gilles. (1999). *La tercera mujer*. Barcelona: Anagrama.

LIPOVETSKY, Gilles. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.

MARTÍNEZ BARREIRO, Ana. (2004). “La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas”. *Papers. Revista de sociología*, 73, 127-152.

MEAD, Margaret. (1972). *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Barcelona: Laia.

MONTAIGNE, Michel DE. (1987). *Ensayos*. Madrid: Cátedra.

- MONTESINOS, David P. (2007). *La juventud domesticada. Cómo la cultura juvenil se convirtió en simulacro*. Madrid: Editorial Popular.
- NEGRO, Carlos. (2014). *Penúltimas tendencias*. Vigo: Edicións Xerais de Galicia.
- ODGEN, Pat/ MINTON, Kekuni/PAIN, Clare. (2009). *El trauma y el cuerpo. Un modelo sensoriomotriz de psicoterapia*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- PAPALIA, Diane E./OLDS, Sally W. (1992). *Desarrollo humano*. Colombia: McGraw-Hill Interamericana.
- PINTOS PEÑARANDA, M^a Luz. (1997). “Corpo de muller. Ruptura e nova identidade”, en M. X. Agra (ed.), *Corpo de muller. Discurso. Poder. Cultura*. Santiago de Compostela: Laiovento.
- POMBO, Manuel. (2009⁴). *Tratado de Endocrinología Pediátrica*. Madrid: McGraw Hill Interamericana.
- PORTILLO, Eloy/HARTZA, Juan. (1995). “Los sujetos ante el mundo digital”. *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, 23, 21-27.
- RECALCATI, M. (2014). *El complejo de Telémaco. Padres e hijos tras el ocaso del progenitor*. Barcelona: Anagrama.
- REICHHOLF, J. H. (1994). *La aparición del hombre*. Barcelona: Crítica.
- REVILLA CASTRO, J. C. (1998). *La identidad personal de los jóvenes. Pluralidad y autenticidad*. Madrid: Entinema.
- REYES JUÁREZ, A. (2009). “La escuela secundaria como espacio de construcción de identidades juveniles”. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 14 (40), 147-174.
- ROSSET, C. (2007). *Lejos de mí. Estudio sobre la identidad*. Barcelona: Marbot.
- RUSSELL, B. (2009). *La conquista de la felicidad*. Barcelona: Debolsillo.
- SALINAS, L. (1994). “La construcción social del cuerpo”. *Reis. Revista española de investigaciones sociológicas*, 68, 85-95.
- SÁNCHEZ JUÁREZ, A. (2014). “Miedo en las aulas”. *El Mundo* 18/10/2014.

SÁNCHEZ MELLADO, L. (2011). “De los 10 a los 40. Retrato del eterno adolescente”. *El País Semanal* 9/10/2011.

SAVATER, F. (2015). *El valor de elegir*. Barcelona: Planeta.

SIEGEL, D. J. (2014). *Tormenta cerebral. El poder y el propósito del cerebro adolescente*. Barcelona: Alba.

SUBIRATS, M. (1998). *Con diferencia. Las mujeres frente al reto de la autonomía*. Barcelona: Icaria Antrazit.

VAN GENNEP, A. (2008). *Los ritos de paso*. Madrid: Alianza.

VERDÚ, E. (2001). *Adultescentes. Autorretrato de una juventud invisible*. Madrid: Temas de Hoy.

ZULAIKA, J. (1989). *Chivos y soldados. La mili como ritual de iniciación. Ensayo antropológico*. Donostia: La primitiva casa Baroja.

ZAMBRANO, M. (2011). *Notas de un método*. Madrid: Tecnos.